

Frete libetario

Madrid, 28 de junio de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro

NUMERO 508

DOS ANOS DE UNA GRAN PERDIDA

VALERIANO OROBON FERNANDEZ

El 28 de junio de 1936 —dos años justos se cumplen hoy— moría Orobón Fernández. Veinte días antes de la gran traición, cuando más preciso nos era el concurso de los hombres enteros y los cerebros claros, la Organización confederal perdía uno de sus mejores militantes. El cuerpo de Orobón, quebrantado por las persecuciones, roto por el trabajo excesivo y el constante estudiar, no pudo resistir el último encarcelamiento gubernativo en una celda fría y húmeda. Cuando le pusieron en libertad estaba muerto ya: los últimos meses de su vida, recluido allí en El Plinio, fueron una larga agonía, una lucha con la muerte, cuyo final preveían todos los compañeros al ver cómo día a día iba apagándose aquella inteligencia excepcional. Acaso, con ser tan grande nuestra contribución de sangre a la lucha contra el invasor, haya sido ésta la más grave, la más dolorosa, la más irreparable de las

pérdidas que hemos tenido que sufrir.

Porque Orobón Fernández no era sólo una voluntad heroica, una austeridad ejemplar, una capacidad de trabajo difícil de igualar. Era, por encima de todo esto, por encima incluso de su propia bondad, un cerebro extraordinario. Comprendía claramente los más difíciles problemas, sabía enfocarlos desde un punto de vista certero y personal, exponerlos de manera diáfana, comprensible para las inteligencias más rudimentarias. Hablaba y escribía con difícil facilidad, con sencillez profunda, con elocuencia que pulverizaba los argumentos del adversario. En la polémica, en la controversia, cada palabra suya era un mazazo. La posición clara del anarquista, la firmeza de una actitud lúmpica, resplandecía por encima de todos los sofismas. Al hablar Orobón combatía y enseñaba a un tiempo. Luchaba contra los errores y las torpezas, con-

tra las maniobras políticas y las emboscadas tendidas en el camino del proletariado. Enseñaba para formar, lentamente, una conciencia revolucionaria, una moral de sacrificio, una preparación mental que permitiese a los trabajadores reaccionar con la rapidez y energía precisas en los instantes graves que se avecinaban.

La Confederación Nacional del Trabajo debe mucho al entusiasmo y al cerebro de Orobón Fernández. El movimiento libertario del Centro le debe más aún. Desde 1931 fué el hombre que tuvo una visión más exacta de la marcha de los acontecimientos. Comprendió bien pronto que frente a la amenaza fascista, sólo la unidad del proletariado podría levantar el dique salvador de las libertades obreras. En 1934 defendió con tesón admirable la Alianza Obrera Revolucionaria, que en Asturias había de cristalizar en realidades esperanzadoras. Antes de octubre, Sa-

lazar Alonso envió a la cárcel como preso gubernativo. En ella, contra toda razón y derecho, permaneció mucho tiempo. Cuando salió, muy avanzado ya 1935, "Vale" no era más que una sombra de sí mismo.

En la cama, donde pasó los últimos meses, Orobón preveía la traición militar. Murió antes de que estallara abiertamente. Durante la guerra, a todo lo largo de una contienda que ya dura cerca de dos años, nos hubiera sido de una utilidad extraordinaria. Acaso habría hecho variar en no poco, con la claridad de su visión, el desarrollo de muchos acontecimientos. No pudo resistir tanto como hubiéramos precisado. Perció veinte días antes de iniciarse la gran batalla. Esta batalla dura en la que su hermano —un hermano con bondad y talento ejemplares— había de caer pronto, en su puesto de trabajo y de lucha, alcanzado por la metralla de la aviación extranjera.

NUESTRA GUERRA Y NUESTRA REVOLUCION

Pretendiendo mover al pueblo por decreto poco o nada se consigue; entusiasmándolo ante la obra a realizar y sus perspectivas puede lograrse todo

Son los que atravesamos momentos que requieren el concurso de todos los antifascistas y de todos los trabajadores españoles; y este concurso debe tener su característica más acusada en la tónica de absoluta identificación con el fin que se persigue y con los medios que necesariamente hay que emplear para alcanzarlo. Por otra parte, se hace necesario que todos comprendan la enorme trascendencia de la lucha que sostenemos, y cuáles han de ser para los propietarios las consecuencias inmediatas de la victoria, a fin de que éstos se muestren dispuestos a realizar todos los sacrificios y todos los heroísmos, con tal de ver realizados sus propósitos de vida libre y digna.

Ahora bien; las masas españolas, las que hacen la guerra, las que resisten y atacan, las que se pegan a la tierra cerrando el paso a las tropas rebeldes, las que dan su sangre y su vida en aras de la realidad de nuestra guerra de libertad y de independencia, este reavivarse de la dignidad de españoles que se acienta a medida que pasan meses de lucha y se advierten claramente cuáles serían los peligros de un triun-

fo de nuestros enemigos, ha hecho que se incorporen a nuestras filas, leal y sinceramente, muchos elementos nacionales que no se pueden incluir dentro de los grupos y de las masas auténticamente revolucionarias; pero esto no es obstáculo para reconocer que es en esas masas revolucionarias donde radica el núcleo fundamental de nuestra resistencia; y que, por consiguiente, si queremos mantener elevada la tónica de resistencia y de vigorosa energía de nuestros soldados y de nuestros trabajadores, hay que tender ineludiblemente a satisfacer una serie de principios y de premisas revolucionarias, de cuya satisfacción depende el que no se produzca un desencanto entre nuestros combatientes de los frentes de batalla y de los frentes del trabajo. Bien entendido que al pedir realizaciones revolucionarias, no nos referimos en absoluto a un máximo, sino a un mínimo; no pedimos el todo, sino únicamente un pequeño anticipo que actuando a modo de reactivo, venga a dar una satisfacción a nuestros hombres y sea una recompensa a tantos dolores y a tantos sacrificios estoicamente sufridos y realizados.

Si nuestra obra ha de ser obra de pueblo en armas —y es absolutamente necesario que lo sea—, ha de encontrar en el entusiasmo mismo del pueblo su más potente motor; más aún, su único motor. A un pueblo que se le mueve por decreto, sólo se le puede exigir, en el mejor de los casos, que cubra el expediente y salga del paso con la menor cantidad posible de sacrificios y de esfuerzos. En cambio, a un pueblo que se ha entusiasmado ante las perspectivas de su triunfo, en la seguridad de que la generosidad de esas masas populares, entusiasma-

das en su obra, será inagotable, y rendirá mucho más, infinitamente más, de lo que se había pensado pedirle. Y esta es la gran verdad que se hace necesario comprender y que es imprescindible realizar urgentemente.

El pueblo español se lanzó a la lucha canalizando su actuación inicial hacia la consecución de una serie de premisas revolucionarias que tenazmente había perseguido durante muchos decenios. Posteriormente, las mismas características del enemigo, el imperativo de la guerra, hicieron que en la lucha entrasen otros factores que más que por su estilo revolucionario, se caracterizaban por su tónica nacional. Ya no se trataba sólo de revolucionarios; era una cuestión que afectaba y afecta a los que sean españoles. Es la dignidad de España la que está en peligro. Pero de todas maneras, los postulados que mueven al sacrificio a nuestro pueblo, siguen siendo, en un noventa por ciento, auténticamente proletarios, lo que equivale a decir, al menos en nuestra latitud y en nuestras condiciones, auténticamente revolucionarios.

Y como, por otra parte, el entusiasmo y la voluntad de vencer son compañeros inseparables de la victoria misma; como sin entusiasmo no hay triunfo posible y como sin voluntad de vencer es segura la derrota, está claro que debemos mantener vivo y palpitante ese entusiasmo y esa voluntad. ¿Manera de conseguirlo? Entusiasmando a los que son llamados a luchar o a producir ante las posibilidades que el triunfo del antifascismo abrirá para todos ellos; y para lograr esto, nada mejor que hacer un anticipo de lo que habrá de ser la sociedad española después de la victoria de los trabajadores. En una palabra, el entusiasmo que necesitamos existe en todos los pechos de la España proletaria, sólo se conseguirá haciendo realidad un minimum de las premisas revolucionarias que impulsaron al pueblo español a tomar las armas, para defender y conquistar, precisamente, esos postulados revolucionarios.

Porque es necesario convencerse de que, pese a todos los pesares, guerra y revolución, son, en España, perfectamente inseparables.

¿No es significativo el silencio de ciertos periódicos en torno a las últimas declaraciones acusadoras del doctor Negrín?

¿No es ese mismo silencio un reconocimiento tácito de la extensión que alcanza la charca podrida de la vieja política?

VISADO POR LA CENSURA

La amenaza de Alemania a Inglaterra y la carta de lord Cecil a Chamberlain

En nuestro último comentario decíamos: "Durante todo el tiempo que siga la actuación conservadora al otro lado del Canal de la Mancha, toda la política internacional girará en torno a la nefasta figura de Chamberlain". Y, en efecto, así sucede. Daladier sigue silencioso, no dando otro signo de vitalidad, a pesar de que el tiempo no pasa en balde, que el reforzar la vigilancia en los Pirineos, antes, mucho antes de que Italia y Alemania dejen prenda alguna de que la retirada de combatientes será un hecho, demostrando cuán distinto es el Daladier del Poder a aquél tan revolucionario de la oposición, siguiendo, exactamente igual que Blum y que Chautemps, la pauta que le marcan desde Londres.

Chamberlain, Londres, la City... Sigue allí, junto al Támesis, el punto de gravedad. Chamberlain es el avance del fascismo en el mundo, envalentonado cada día más, explotando la actitud claudicante de este político desdichado, de mediana talla mental, de sentido de la propia estimación demasiado ínfimo, precisamente cuando en Inglaterra era necesario que asumiera las graves funciones de primer ministro un hombre excepcional, bien por su mentalidad, ya por su sentido de lo que significa gobernar con decoro.

Francia sigue remolcada por el Gobierno de "los lores", haciendo un papel bien triste y más lleno aun de peligros, sin que nada digan a los gobernantes de París la inestable situación en que se encuentra el "promier" y su camarilla de lores. Y como así es, continúa allí, en la capital de Inglaterra, toda la actualidad política internacional, a pesar de que en Berlín y Roma siguen actuando con mucha prisa.

Esta verdad se demuestra con dos hechos: la carta de lord Cecil a Chamberlain, en la cual, entre otras cosas contundentes, dice el Premio Nobel de la Paz: Barcos británicos en número considerable han sido hundidos. Eran barcos que practicaban un comercio legítimo. Los aeroplanos insurrectos, además de hundirlos, han ametrallado a marinos ingleses que se encontraban a bordo bajo la bandera británica. El primer ministro no ha tomado ninguna medida para defenderlos. Se ha limitado a enviar notas que no han causado ningún efecto.

Así dice este lord Cecil, personalidad relevante de la política inglesa, casi con las mismas palabras con que ha enjuiciado FRETE LIBERTARIO la cuestión internacional. Pero aún dice más el ilustre hombre público británico. Veamos: "No recuerdo —continúa— ningún incidente comparable en toda la historia británica, y no creo que ningún primer ministro británico haya hecho ningún discurso semejante al último del primer ministro inglés. Por ello, estime incompatible con el honor británico y con la moralidad internacional el seguir considerando honradamente como un partidario del Gobierno".

Esta actitud, llena de dignidad, centra más aún el problema junto al Támesis, a pesar de que desde Berlín ha llegado esta amenaza del general von Reichenau, en conferencia dada en la Escuela de Guerra de Alemania: "Las posiciones que hemos conquistado —gracias a la política de Chamberlain— nos dan la posibilidad de cortar en el momento oportuno el camino del Mediterráneo a Francia y a la Gran Bretaña".

CADA UNO ES HIJO DE SUS OBRAS

LAS CLASES EN LA GUERRA Y EN LA REVOLUCION

No se nos diga que no tenemos perspectiva histórica para examinar, a grandes rasgos, apuntando ideas más que profundizando en hechos, el comportamiento de las distintas clases en la guerra y en la revolución que comenzó el 19 de julio de 1936, que será tanto como detenernos en su desarrollo, evolución y orientaciones. ¿Por qué no hemos de poder apuntar lo que hemos visto —hechos que nadie podrá desvirtuar— y lo que intuimos?

Hay que empezar por la clase obrera, por la clase explotada. Ninguna otra tiene su pujanza. Y hay que empezar por sentar esta afirmación: los trabajadores, con visión de su responsabilidad y de su destino, lejos de amilanarse al contemplar, el 19 de julio, un Estado desmantelado, sin fuerza y sin músculo, sustituyeron cuanto había quedado roto, deshecho, y se lanzaron, por de pronto, a desarticular la sublevación y a aniquilar los focos principales. A un Ejército de casta sublevado, opusieron los trabajadores un dique de pechos proletarios. Y la primera victoria rotunda y magnífica, arranque de otras y arranque de una posible defensa contra los explotadores sublevados, la obtuvieron los explotados.

Pero no quedó en eso, con ser tanto y tan hermoso, la capacidad de

los trabajadores. Apenas repuestos de los primeros combates y de los primeros triunfos, en cuanto tuvieron ocasión de medir el volumen de la sublevación, comprobaron que habían quedado abandonadas tierras y fábricas, industrias y Bancos, propiedades y servicios que, detentados a pesar de cinco años de régimen republicano, por la clase capitalista y reaccionaria sublevada, representaban la estructura económica del país. Y estimando —en otra prueba de competencia y de responsabilidad— los trabajadores que era preciso recoger las riendas de la producción y de la economía, se lanzaron a la empresa titánica de suplir, "con nuevos métodos" al patrono y al burgués, al banquero y al hacendado, al capitán de industria y al traficante.

Hemos anotado dos hechos rotundos. ¿Verdad que no hace falta perspectiva histórica para enjuiciarlos, o que ya la tienen cumplida? Pues alrededor de esos dos hechos giran todos los demás. Producidos aquéllos, los otros, todos los otros, son consecuencia obligada. Sigamos, pues.

Vemos que las Organizaciones obreras, que los Sindicatos de trabajadores, tuvieron que pasar, de propiciar la revolución, a contener la sublevación de los explotadores,

vencerla y construir la revolución. Como combatientes, fueron los primeros. Como revolucionarios, tenían que aprovechar —porque la felicidad sólo pasa una vez por nuestra puerta— aquél rapto de locura que locura que indujo a los capitalistas a abandonar sus intereses, su fuerza de opresión, su base de privilegios y de tiranías. Les sirvieron en bandeja la transformación social, política y económica de España. No se pretenderá que los Sindicatos actuaran de guardas jurados de cuanto abandonaron todos los ricos y tiranos, con el designio de conservarles lo que acumularon a fuerza de sudores y energías de los trabajadores. Tampoco se pretenderá que los explotados, al hacerse cargo de los medios de producción y cambio, al recoger cuanto abandonaron los facciosos, conservaran un sentido y unas directrices burguesas, plutocráticas y opresoras, un régimen de privilegio y de inhumana explotación.

Y aquí empieza, si nos alejamos un tanto de los campos de batalla, en los que tanta sangre de trabajadores se derramó y se derrama, en los que lucha un pueblo por su propia existencia, la cuestión más interesante y a la vez espinosa. Estará bien que la dejemos para otro artículo.

FRENTE LIBERTARIO

publica su DICCIONARIO

(Continuación.)

DESLIZARSE. — Bonito deporte que consiste en "colarse" entre los demás, por el procedimiento que sea, para encontrarse en un puesto preferente. Generalmente y por etimología, "deslizarse" se hace a fuerza de "deslices".

DESLUMBRAR. — Acción que consiste en dar rabia a los demás, mostrando la situación de superioridad en que nos hemos colocado "por las buenas".

DESMADRIDADO. — Aspecto natural y explicable que tiene a los ocho días del "suceso", el valiente que se casa por estos tiempos. De "ella", no decimos "na".

DESMANDARSE. — Una de las formas de "hacerse el loco" y no darse cuenta de las obligaciones propias. Esta clase de "locos", por la pena, se hacen cuerdos.

DESMAYO. — Truquito que emplean muchas mujercitas para tomarse algún tiempo en pensar lo que tienen que hacer cuando vuelvan en sí. Hay desmayos muy significativos por el sitio y la hora. Además, según dicen, parece que no sienten nada, aunque hay algunas que lo sienten luego.

DESNUDAR. — Mostrar la verdad, esté donde esté. Al quitar las envolturas del cuerpo queda al descubierto lo que realmente existe; feo o bonito, pero lo que es.

DESNUDO. — Expresión natural y perfecta del cuerpo humano. Por la contemplación de un desnudo se puede calibrar la capacidad moral de los individuos. En unos produce admiración, en otros produce lágrimas, y en otros... produce hilos de baba.

DESOBEDECER. — Palabrita que empleamos, por no emplear otra, para expresar que otros no quieren hacer lo que a nosotros nos da la gana. Pero, que no empleamos nunca cuando se trata de cumplir lo que otro ha mandado. En este último caso la desobediencia pasa a ser "interpretación de las órdenes". No las cumple uno... y ¡a otra cosa, papillón!

DESOCUPADO. — Actuación de muchos "colaboradores de guerra". Permite incluso comer bien y tener un rutilante certificado de trabajo. ¡Ah!... En estos elementos lo único que no está desocupado es la lengua.

DESOLLAR. — Inocente entretenimiento que consiste en arañar y desgarrar "carinosamente" los prestigios ajenos. Se hace, generalmente, por profesionales insatisfechos o amargados.

DESORDEN. — Pretexto que ha servido y sirve en todas las latitudes para molestar las costillas al pueblo que pide algo.

DESPABILARSE. — Lo que hay que hacer para no quedarse atrás. Ahora que los hay que no se despabilan, aunque le chamusquen la retaguardia.

DESPACHO. — Parapeto de trabajo, que algunos convierten en camino cubierto, otros en escalón y casi ninguno en campo de operaciones.

DESPEDIRSE. — Hacer así con la manita...

DESPENSA. — Calibre de actividades.

Leed C. N. T.

Del 9 largo

Aconsejábamos a las simpáticas compañeras que cubren los puestos de los cobradores de tranvías movilizadas, que no admitan las imposiciones de ciertos viajeros y "viajeras" que pretenden envolverlas con las prisas, valiéndose de la poca práctica.

Eso, es un procedimiento más de los traidores vergonzantes.

Rogáramos, a quien proceda, se preocupara de nivelar la desigualdad de remuneración que se da al trabajo de la mujer que cubre el puesto de un movilizado con igual rendimiento.

No hacerlo es inmoral, sobre todo para los que toleran esta desigualdad, pudiendo evitarla.

Vemos cómo se va olvidando la orden de un gobernador de Madrid (¡viva Madrid!) sobre la necesidad de evitar las iluminaciones en los edificios, durante la noche.

Hay muchas casas, algunas de índole oficial, que bien entrada la noche ofrecen una profusa iluminación.

Y... no lo queréis creer, camaradas, pero desde la carretera se nota bastante.

Creemos muy conveniente un control estrechito sobre ciertas tiendas de ultramarinos, regentadas aún por sus antiguos dueños.

S. U. de las I. del P. y A. G.-C.N.T.